

HOMILÍA DE MONS. CARLOS COLLAZZI
Presidente de la Conferencia Episcopal Uruguayaya
18 de mayo de 2011

Esta alabanza a El, luz del mundo, que nos habla de las tinieblas nos hace participar de su luz y con alegría en la Pascua vamos cantando "toma hermano esta luz y hazla tú brillar".

En la Celebración Eucarística, con la plegaria Nº II decimos: "que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo". Nos dice el Papa Benedicto en *Sacramentum Caritatis*: "este pasaje permite comprender bien que la res del Sacramento eucarístico incluye la unidad de los fieles en la comunión eclesial. La Eucaristía se muestra así, en las raíces de la Iglesia como misterio de comunión" (15). Y estamos viviendo en estos días por gracias de Dios en el Uruguay esta Asamblea de este organismo de comunión, de animación pastoral. Cuánto le agradecemos al Señor y lo alabamos porque El lo inspiró, lo guía, lo conduce y aquí estamos nosotros dejándonos conducir por El.

Nos dice también el Papa: "será el Espíritu quien enseña a los discípulos todas las cosas y les recuerde todo lo que Cristo ha dicho, porque corresponde a él como Espíritu de la verdad, guiarlos a la verdad completa" (12).

Terminamos de escuchar la Palabra. Pablo y Bernabé, la comunidad de Antioquía, obediente a la inspiración del Espíritu, se organiza y toma la iniciativa para llevar adelante en la Evangelización. El Espíritu nos da la libertad porque nos identifica con Cristo, el hombre perfecto, el hombre libre y nos impulsa y gracias a El y a la obra del Espíritu la Palabra se extiende. Se extendió en aquellos tiempos y se sigue extendiendo y llegando al corazón nuestro y de nuestros hermanos.

Es el Espíritu, mis hermanos, quien fecunda la vida, la vida de la gracia, la que se manifiesta en las virtudes que nos hacen crecer como personas, que invita a crecer a todos en el dominio de sí mismo, en la relación con los demás en la amabilidad, la bondad, la humildad, la hospitalidad, en la relación con Dios en la fidelidad. Es el Espíritu que elige, que hace de la Iglesia un acontecimiento salvífico que propone –a la luz de Jesús y escuchando la realidad- caminos de evangelización, de formación de comunidades, de promoción humana, de encuentro con los hermanos, fundados en la relación de amistad con Dios en su Hijo Jesucristo, el Enviado.

El Espíritu, lo penetra todo y vivifica desde dentro, y en especial al Hombre (cfr., 54), a la persona humana. Dejarnos conducir por el espíritu de Dios. "Si queréis vivir en el Espíritu Santo –afirma S. Agustín- conservad la caridad, amad la verdad y desead la unidad y alcanzareis la eternidad" (Disc. 267, 4.4.).

La "misión del Espíritu es la de transformar a los discípulos en testigos de Cristo" (Cat. Tr. 72); como nos indica la primera Lectura de hoy, magnífica para guiarnos en la jornada que hoy vivimos. Cada testimonio de Cristo con la fuerza del Espíritu significa implicarse en la Palabra del Evangelio para que transforme

y fermente toda la existencia para ante todo con coherencia y a cualquier precio irradiar la Palabra de Cristo.

Cuántos hermanos y hermanas que marcha viven según el Espíritu!. Padre, Educadores, catequistas, animadores, consagrados y consagradas, diáconos permanentes, presbíteros, Obispos... cuántos que frente a la Palabra de Dios no han sido indiferentes o neutros, y han hecho una opción de vida como nos pide el texto del Evangelio proclamado hoy.

La Palabra de Dios siempre invita a los hombres a la escucha. Es "beato" el que escucha la Palabra y la vive. Escucharla, buscar su novedad cada día, nos sigue invitando a la conversión de vida. Tenemos la Luz de la Palabra, que como antorcha ilumina nuestro caminar!!!

Estamos en Montevideo, que es una bahía. En una de las puntas de la bahía hay un cerro, y en la punta del cerro, un faro; y éste es parte de una cadena de faros que están regados en toda la costa de nuestra Patria y que indican luz y guía.

Estamos en este Uruguay donde alabamos al Señor por todo lo que Él nos ha regalado. Las riquezas de nuestra tierra, con su suelo ondulado, donde no encontraremos montañas ni alturas. Cuando hablamos de montes no tenemos que pensar en más que en 500 metros.

País con particularidades que muchos de Uds. conocen y hoy pueden comprender más, hasta por nuestra pequeñez aquí en la Asamblea. País con larga discusión durante casi un siglo sobre la laicidad y el laicismo, secularismo a la uruguaya, que han dado a la Iglesia una particular consistencia testimonial, no siempre reconocida, desde la humildad y el testimonio.

Perseveramos en la fe pese a todas las luchas y dificultades que tenemos. No hay agresividad de la violenta, la externa, pero desde hace más de un siglo que Dios no puede entrar abiertamente a nuestras escuelas. Tantos cristianos cantaron: "a Dios queremos en nuestras leyes, en las escuelas y en el hogar". Tantos momentos de nuestra historia quedaron marcados por el testimonio de hermanos. Nuestro país con una muy baja tasa de natalidad, quizás uno de nuestros males más grandes. Un país marcado por la emigración.

Fíjense la Obra del Espíritu hasta en la emigración:

María Francisca Rubatto, italiana, fundadora de una Comunidad de Religiosas dedicada a enfermos, niños y pobres. Sigue la ruta de los emigrantes hacia América para ofrecer su celo hacia los necesitados. Recorre Uruguay y Argentina, nordeste de Brasil. Muere en Montevideo. El beato Juan Pablo II la saluda diciendo la primera beata uruguaya. Una emigrante.

Miramos para el lado de las que se fueron. Dos jóvenes hermanas nacidas en Montevideo Dolores y Consuelo Aguiar, laicas, se trasladan con su familia a España donde residieron hasta su martirio. Sufren el martirio junto a seis religiosas escolapias. Circunstancias familiares e históricas hicieron que ambas

uruguayas alcanzaran el martirio en el extranjero. Sus reliquias están en la Catedral Metropolitana.

Sigamos mirando la obra de Dios en los hombres. La figura del Siervo de Dios Mons. Jacinto Vera, que nace en el viaje cuando su familia viene emigrando para esta tierra. Modelo de discípulo misionero, testigo audaz, fiel y valiente del evangelio, signo claro y llamativo de cercanía de Dios a nuestro pueblo.

La figura del Siervo de Dios Mons. Jacinto Vera aparece entre nosotros como modelo de discípulo y misionero. Testigo audaz, fiel y valiente del Evangelio, signo claro y llamativo de cercanía de Dios a nuestro pueblo. Entendemos nosotros que es un Santo Obispo con convicciones muy profundas, recorriendo incansablemente el País con incesantes Visitas Pastorales, llegando a vivir la Pascua en una de ellas.

Estos son tres ejemplos en un momento de nuestra historia, de la Obra del Espíritu de Dios.

Prestemos atención, queridos hermanos, al día que hoy vive nuestra Patria. Es una de las fechas de nuestro Bicentenario, un largo proceso de emancipación, que se inició en 1810 y llega hasta el año 1830.

Fíjense hasta lo que sucedió acá: 25 de mayo del 1810, en la revolución de mayo, un cura en un pueblito (justamente perteneciendo a mi Diócesis que en este 18 de mayo celebra la fiesta de la dedicación de su Catedral) hace un acta en el libro de defunciones que dice: "hoy murió el Imperio español". Cosa interesante, no sé si en el mundo habrá un acta de defunción de este tipo.

Mons. Jacinto Vera hace la visita pastoral y le pide al cura enmendar el acta. Ese cura con el consentimiento del Obispo apenas lo tacha.

Pero fíjense más en el acontecimiento de hoy, la Batalla de Las Piedras. Vienen corrientes migratorias desde Paysandú, sale Artigas, pasa por Mercedes, hacen una proclama, Batalla del Colla, el combate de San José, llegando a Las Piedras. Por otro lado, sale desde Lavalleja otra corriente, llega a Las Piedras, se encuentran y hay un pequeño combate, porque todo es pequeño acá...cuántos murieron...no sabemos. Pero hay una cosa preciosísima que marca el corazón de los uruguayos porque lo aprendimos de niños. El Jefe de la Patria, el Jefe de los Orientales, dijo unas máximas fruto de la obra del Espíritu en el corazón de un creyente y devoto de Nuestra Señora: "clemencia para los vencidos"; "curen a los heridos"...

A Ella la invocamos y le pedimos con las palabras de la Misa de hoy, que la Palabra de Dios se siga difundiendo incesantemente, ahí estaremos nosotros, en esta cadena de sucesión apostólica, ahí está toda la Iglesia, luz de la gente, ahí está la Misión Continental, ahí está el Espíritu de Dios animando y guiando a la Iglesia. Que la Palabra de Aquél que es luz del mundo se siga irradiando en medio nuestro.